

Agosto

Efemérides

El reloj de la Naturaleza por L. M. Arce

2009 SEMANA 33

SÁBADO

15

Faltan 39 días para el otoño.

Festividad de Nuestra Señora y San Napoleón.

Sucedió en Asturias. 1810: El general Bárceña derrota a los franceses en Linadas de Cornellana. **1872:** Nace en Avilés el sacerdote jesuita Enrique González Carvajal. **1884:** Se inaugura el ferrocarril de León a Gijón. **1887:** Nace en Oviedo el torero Fernando de la Venta. **1924:** Se inaugura en Gijón la I Feria de

Muestras Asturiana oficial e internacional. **1949:** Es conocida oficialmente como patrona de Teverga Nuestra Señora de Cébrano. **1976:** En Gijón, en el teatro de la antigua Universidad Laboral, tiene lugar un homenaje póstumo al productor cinematográfico Jesús Rubiera, creador de la empresa Asturias Films.

Busardo ratonero adulto.



«Suelta» de águilas

Como cada verano, se corre la especie de que «han soltado águilas» (o «ferres» o «milanos»). Y, en efecto, hay más y se ven más rapaces, en general busardos ratoneros. Pero la razón no es ninguna intervención humana, sino los primeros vuelos de los jóvenes, más mansos y notorios.

José Tomás, en Gijón

Quieto como una estatua, el mesías de la tauromaquia refuerza una escenografía de arte y muerte

Luis Meana

Brillaba, expectante, la dorada arena de El Bibio, bella plaza de palomas con más de cien años de torreo metidos entre dos circunferencias concéntricas. Chisporroteaba electrizado el callejón del gato, largo pasillo corrido donde se esconden el miedo y donde revolotean angustiados los peones y los mozos de espadas, ambos grandes rumiadores de miedos, callejón donde todo se agranda cinematográficamente, sobremanera la tensión y los sueños. Estaban sentados en la centenaria plaza los poderes fácticos con sus acicaladas esposas, caballeros con grandes puros humeando su importancia, señoras de falsete y peineta, más la añeja estampa de los mantones mirando al cielo en un día grande. Por entre las rendijas del tendido se colaban incluso las sombras del pasado, los grandes maestros que pisaron un día esta preciosa plaza, espectros vestidos de luces que miran desde el cielo a la nueva estrella torera y que rezan a los ángeles por un día histórico como aquél en el que pasaron por aquí Manolete o Belmonte, camino de la gloria o de la muerte. Brillaba la plaza como una patena antigua, que se prepara para que la pise el pie alado del Nuevo Gran Torero. Con mayúsculas. Había aire de acontecimiento, como el día en el que en la Scala cantaba la Callas, o cuando en el Parque de los Príncipes jugaba Di Stéfano. Brillaba la luz de las tardes que prometen gloria, una de esas tardes de las que un nieto podrá decir un día, cinco decenios más tarde, allí estuvo mi abuelo. Perfume de tardes en las que el respetable presiente que va a pasarse una página a la historia. Palcos de

entendidos y el aficionado de a pie enloquecido por la importancia. En la plaza espera agazapada la muerte que todo lo preside, esta vez más presente que nunca, porque el Torero hay días en los que enloquece y arrima la ingle al pitón, mientras la gente chillaba espantada, y él aguanta inmóvil viendo el más allá a través del ojo atónito del toro. Aguanta allí, quieto como una estatua, en el milímetro mágico que preside un enorme cuerno que aterrará al público y embravece al torero suicida, reforzando una escenografía de arte y muerte que está suficientemente tematizada en la literatura.

Salió por la puerta de cuadrillas el esperado mesías, piel blanca como de porcelana, vestido de tabaco y oro, volando más que pisando la suave y dorada arena que oculta, por debajo, al tenebroso mar Cantábrico y recibe, por encima, el miedo que cae verticalmente del cielo. Atravesó la plaza el Torero envuelto como un recién nacido en su hermoso capote de paseo, bien metido en la montera, absorto como un monje, y con la cabeza ensimismada en las volutas imaginarias de su arte. Toda su figura parece un minué de Mozart, le falta sólo la peluca blanca. Él es Mozart, el niño genio. Los demás toreros también escriben sinfonías, pero sólo a él le salen con notas geniales. Y el escalafón lo sabe, aunque cuando sueñan los clarines tratan de quitarse esa pesada losa de la cabeza. La gente espera, ciega, que abra el capote y suene una «Misa Solemnis», aunque siente también el pánico de que le salga un «Réquiem». Pisa Mozart, el Torero, la fina arena con la ligereza de un bailarín clásico y vuela sobre ella como si estuviera en otro tipo de escenario. Más que en una plaza de toros, hay momentos en los que el respetable siente que está en una sala de conciertos presenciando el «Lago de los cisnes», y que, en vez de sonar clarines y timbales, suena Chaikovski.

Lleva alrededor del cuerpo un aura que brilla más que todos los alamares, un halo de genio virtuoso que oculta lo que el oficio tiene de sucia carnicería, con el estoque o el cuerno haciendo de puñales. Cree él, en su mente, que el torreo es una forma platónica pura y sin mimesis, y se estira tanto por llegar a la esencia misma del arte que hasta parece olvidar que está hecho de carne humana. Nada hay en la estampa que recuerde que está frente a una fiera, parece estar en un salón de Versalles contorneándose ante



ÁNGEL GONZÁLEZ

José Tomás, antes de saltar el miércoles a la arena de El Bibio.

Él es Mozart, el niño genio. Los demás escriben sinfonías, pero sólo a él le salen con notas geniales

Precisamente en visualizar esa lucha ciega y compulsiva con la muerte y el destino consiste ser torero

un espejo napoleónico. Es la ficción del arte: ponerse delante de una fiera y hacer sentir al respetable que está presenciando un minué. Ése es el reto y el sueño del Torero, aunque lo tapen el humo de los cigarros y el olor a Chanel de las señoras de

importancia, que no se sabe si están allí para ver la historia o para que ésta las vea. No es consciente el Torero de su imposible y, quizá por eso, a la más mínima, hace quietismos suicidas, de todo o nada. Probablemente, olvida que es imposible quitarle a ese espectáculo la sangre y que no es posible estirarse por el aire como una enredadera y ascender al cielo como Jesucristo pegando pases incorpóreos.

Hay en él, como tanto se ha dicho, como una reencarnación o resonancia de Manolete, una seriedad pálida de muerte, un hermetismo poético, un meterse tanto en sí mismo que de su vista desaparece hasta el respetable y se queda él solo ante el toro en una mística ensimismada que sólo él entiende. Con la primera verónica queda claro que no estamos allí ante un torero entre otros, estamos ante algo único, ante la reencarnación de una esencia. El torero como forma platónica perfecta. Y en la lucha por tocar y llegar a esa forma, a esa esencia, consiste todo lo que hace. Está, por supuesto, la plaza llena de fieles de bordón y cordel que corren por Es-

paña para ver al santo y para ver si ese día toca milagro. Fieles creyentes de este espíritu santo que creen que el Torero puede ascender al cielo en medio de la faena. Y están, también, casi siempre callados, los apóstatas e incrédulos, los que ven en el minué una trampa, en su arte un cuento, los que darían la misma gloria y el mismo infierno por ajusticiarlo como si fuera otro Lutero que renegase de los viejos dogmas del toro. Se enciende a veces en los tendidos el fuego de la disputa, con más tensión, si cabe, que en la arena, aunque todos guardan de pronto un silencio espeso cuando el envés de un cuerno restalla instantáneamente en el aire y el puñal astifino pasa rozando la pechera y el toro le mancha toda la cara de sangre. Hay una tensión de religiones en medio de la arena. Mientras El Bibio, antes sabio y ahora aluvión de asesores, calla encogido. No se sabe si de amor o miedo. El tabú de la muerte es entonces quien manda.

Del pelo a la zapatilla lleva el Torero la marca de un destino que le baja como un relámpago desde la cara. Aspira el mesías de los toros, aunque él no lo sepa, a un imposible, a la pura forma platónica, perfección que no es de esta Tierra, que ésta es una caverna en la que sólo vemos sombras. Llama al toro, con una voz atiplada, como si llamara a una novia. Dice, enfrascado en la mirada de la fiera, «toro, toro», y piensa que va a consumir un orgasmo. Piensa que el cuerno es su novia. Y siente que esa novia le quiere, porque le busca con la misma saña con la que Satanás busca acabar con los santos. Abre el capote y el aire que desplaza parece un suave terciopelo. No es explicable esa sensación de que no hay gravedad ni tiempo. Queda para siempre en el recuerdo esa prestancia de perfección, aquel suspenderse todo en el aire como si la naturaleza se hubiese quedado inmóvil y quieta.

Ha pasado el Torero y queda su recuerdo. A hombros de tres orejas y por la Puerta Grande. No ha hecho nada y lo ha hecho todo. Nadie en el oficio visualiza como él la autenticidad de este arte, ni la presencia del miedo. Por eso la plaza lo llama maestro con el mismo temor y reverencia con que a don Vito lo llamaban «padrino». Por eso la plaza corea «torero, torero, torero». Precisamente en visualizar esa lucha ciega y compulsiva con la muerte y el destino consiste ser torero. Lo demás es pegar pases. Y por eso, al final, la dorada arena guarda como esculpida la zapatilla de este Mozart de los toros y la convierte en huella santa: aquí pisó el Torero, precisamente en el sitio donde un día también puso su pie Manolete. Y en cada granito de la dorada arena se reflejan como en un perplejo y enmudecido espejo las caras atónitas de todos los que asistieron en El Bibio centenario, a la bonita plaza de las palomas, a la licuación milagrosa de la sangre del toro. O el día del Torero en su incandescencia.

DeNIRO PACINO
La Nueva España
www.lne.es
CUPÓN DESCUENTO
1,10 €
VÁLIDO HASTA EL
15 DE SEPTIEMBRE DE 2009

CUPÓN
Sábado
Gratis una lámina
presentando este cupón +
el de mañana DOMINGO